



El club del amor

ARLETTE
GENEVE

**GRAM
NEXO**
editores

NOVELA ROMÁNTICA 

El club del amor



**Colección
BEACH
BOOKS**

ARLETTE GENEVE

El club del amor

**GRAM
NEXO**
editores

CAPÍTULO 1

¡Malditos los hombres!

Su duda constante y perpetua, aunque envidiaba la facilidad que tenían de despreocuparse de todo acosando un balón de fútbol. ¿Por qué motivo tenían que ser vacíos de iniciativas? ¿Lascivos y lujuriosos? ¿Tan planos mentalmente, pero tan curvilíneos en terquedad? Ni viviendo mil años podría comprenderlos, o tratar de descifrar el enigma que representaban.

Marina suspiró enojada consigo misma porque sus sentimientos predominaban sobre su buen juicio, y había dejado sin resolver las diferencias que había tenido con su novio. Esa circunstancia, volvió a morderle el corazón con una muesca profunda.

Pisó el acelerador del coche, y el motor rugió mientras seguía subiendo por el estrecho camino de montaña. Llegaba tarde y lo sabía. La sinuosa carretera hacía difícil que pudiera conducir de forma más rápida, pero ella, que solía ser prudente en demasía, se estaba poniendo nerviosa por momentos pero confiaba en su Volkswagen Sedan. Conducirlo era un auténtico placer aunque sus amigas no pudiesen comprender por qué motivo le tenía tanto cariño.

Encontrarse en tierras granadinas le levantaba el ánimo mejor que cualquier estimulante, a pesar de la discusión que había tenido esa tarde con su novio, y de los interrogantes que había dejado sin resolver. Volvió a centrar su atención en la carretera porque sólo faltaban unos

kilómetros, y ya había pasado el pequeño pueblecito de Pampaneira. Ella y dos de sus amigas habían alquilado una casita de dos plantas en el bello pueblecito de Capi-leira, en pleno corazón de las alpujarras granadinas, para relajarse, ¡lo necesitaban!

El invierno estaba resultando demasiado largo, y tras la amarga discusión llena de recriminaciones que había mantenido con su novio, necesitaba alejar su mente de la contienda, y simplemente conducir hacia su destino y olvidarse de todo. La encantadora vivienda era muy antigua, y aunque ellas solo habían alquilado la segunda planta, rogó para que la primera estuviera vacía ese fin de semana, así podrían disfrutar de tranquilidad por completo. Miró hacia la curva que se cerrada hacia la derecha, y aunque lo intentó, no consiguió vislumbrar Sierra Nevada. Ese lugar conseguía conmovérla por su serena majestuosidad.

Marina ojeó su reloj de pulsera y contempló consternada que faltaban solo doce minutos para las diez, se cerró demasiado en una curva y tuvo que levantar el pie del acelerador, se amonestó severamente un segundo después. La conducción tan temeraria que estaba ejercitando echaba por tierra años de buen juicio y sensatez. Tomó una doble curva, y el pueblo hizo su presencia frente a ella. Las estrechas calles empinadas estaban desiertas a esa hora, pero Marina no se sorprendió. El mes de abril estaba siendo muy duro, el termómetro debía marcar bajo cero, y al pensarlo, percibió un escalofrío involuntario que la recorría de pies a cabeza.

Ya vislumbraba la casa.

Observó humear la alta chimenea y llegó hasta su nariz el olor de la leña quemada.

Aparcó el coche en el granero donde antaño se resguardaba a los animales, actualmente era el garaje que se usaba para que las heladas no impidieran volver a ponerlo en marcha en caso de imperiosa necesidad. Estar en un pueblo aislado y en plena sierra, hacía necesario toda precaución posible.

Nada más poner los pies fuera del vehículo, la piel se le erizó por el frío. Sus medias y zapatos no la protegían del aire helado, que comenzó a deslizarse en torno a su falda y se la alzaba con burla, pero ella no había tenido tiempo de cambiarse, había salido directamente del hospital en dirección a Granada porque no quería llegar demasiado tarde, aún así el trayecto había durado demasiado.

Sacó la pequeña maleta, cerró el coche y dirigió sus pasos hacia la calidez de la casa. Se moría por una taza de café fuerte y cremoso. Cuando llegó al interior, depositó la valija en la entrada y dirigió sus pasos hacia la salita donde podía oír la cháchara de Marta, cuando abrió la puerta y fijó sus ojos en sus amigas, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Las dos mujeres que estaban esperándola desde hacía cuatro horas, se levantaron al unísono para dirigirse directamente hacia ella.

—¡Llegas tarde! —La firme voz de Marta le arrancó una sonrisa conciliadora.

—Lo sé, pero apenas he tenido tiempo para cambiarme.

Tanto Marta como Blanca miraron al unísono el atuendo de Marina y levantaron los ojos al cielo.

—¡Hoy era tu día libre! —Exclamó Marta con tono incrédulo, pero Marina no le permitió continuar.

—¿Crees que no lo sé? —trató de justificarse—. Un compañero necesitaba un favor y no podía negarme —le contestó—. He tenido que cubrir su guardia.

Marta resopló de forma poco femenina al escucharla.

—Alguna vez tendrás que decir *suficiente* —La recriminó—. Dejas que todos se aprovechen de tu bondad, y un día te darás un guantazo en el suelo.

Blanca rió ante el tono áspero de su amiga del alma. Nadie en el mundo manejaba el sarcasmo como ella, si bien al sentirse regañada, entrecerró los ojos suspicaz y miró el semblante adusto de ella. En ocasiones detestaba la forma franca que tenía de decir las cosas, pero calló en un intento de que el fin de semana fuese lo mejor

posible, y por ese motivo, clavo los ojos en la copa que sostenía Blanca entre sus manos.

—Yo también quiero un poco de eso —dijo con una sonrisa en los labios.

Marina hizo un gesto con la cabeza hacia la copa que sostenía Blanca.

—¡Tú bebes únicamente café! —Exclamó Marta.

Marina hizo un gesto exasperado con la cabeza, ella también bebía chinchón¹ cuando iba a casa de sus tíos. Que sus amigas la considerasen tan anodina, la crispaba.

—Pero este fin de semana he decidido actuar como tú, y pienso beber hasta ponerme a tu altura.

Marina tomó asiento en el único lugar vacío frente a la enorme chimenea, cogió la copa con forma de flauta y llena con el dorado líquido que Blanca le acercó solícita.

—Hoy brindaremos por la amistad eterna —le dijo con una sonrisa genuina.

Marta hizo una mueca de fastidio al escucharla.

—Es increíble, Marina, lo inocente que puedes resultar en ocasiones —la carcajada de Blanca al escucharla no se hizo esperar.

Marta fijó sus ojos negros en ella.

Blanca levantó la copa con ojos chispeantes y sin previo aviso les espetó a ambas.

—Por el cabrón de mi ex novio. ¡Ojala le reviente el culo! —Tanto Marina como Marta clavaron sendas miradas con asombrosa incredulidad en el rostro de su amiga. La miraron beberse de un trago la copa y volver a llenársela sin ningún pudor—. ¿Qué...? ¿No os ha gustado mi brindis? —Las dos seguían con la copa aún llena, si bien la apuraron de un trago.

El silencio que reinó en la pequeña sala por unos breves instantes, fueron el preludio del caos que aconteció poco después.

Blanca comenzó a maldecir, perjurar y blasfemar de tal

1. Bebida anisada fabricada en el pueblo de Chinchón, Madrid.

forma, que habría conseguido sacarles los colores a unos rudos albañiles, de haber estado presentes en la misma estancia que ellas. Tanto Marta como Marina estaban asombradas. No conseguían entender el arranque inesperado de Blanca. Ambas la miraban como si hubiese perdido el norte, e indecisas ante la noticia inesperada y sorprendente. De las tres, era la más comedida.

Blanca cesó en su retahíla de insultos al género masculino e inspiró profundamente antes de volver a sentarse como si nada hubiera ocurrido. Como si por sus labios no hubiera salido semejante aluvión de recriminaciones. Marta fue la primera en romper de nuevo el silencio

—Cariño no teníamos ni idea de que tuvieses problemas —Marina estaba realmente preocupada—. ¿Es algo serio? —le preguntó con un tono realmente preocupado.

Blanca soltó una carcajada ausente de humor, y de pronto, los ojos se le empañaron de lágrimas que apenas podía contener, ni quería. Marina se levantó presurosa de su asiento y encauzó sus pasos hacia ella. Cuando llegó a su lado, la abrazó fuertemente y la besó. Ese detalle consiguió desbordar la presa que Blanca intentaba contener a duras penas. No quería ahogarles la fiesta a sus dos amigas del alma. Marta seguía mirando en silencio a sus jóvenes amigas, y un suspiro amargo brotó de su garganta ante la infelicidad que empañaba ese momento. Eran amigas desde siempre, tanto Blanca como ella habían nacido en la ciudad de Mérida salvo Marina, que había nacido en la capital, en Cáceres, pero las tres habían asistido a la misma universidad, y, aunque habían elegido diferentes carreras, seguían tan unidas como cuando eran adolescentes llenas de granos e inseguridades.

Ante el silencio que las sobrecogía, Marta evocó algunos recuerdos.

Marina había terminado la carrera de medicina y estaba haciendo su especialidad de pediatría en el hospital universitario. Blanca trabajaba como arquitecto en una empresa belga que construía casas en la capital, y ella

misma trabajaba como abogado en una notaría. Las tres tenían una edad similar.

Marta clavó sus pupilas negras en Marina que era por defecto, la más romántica de las tres, y, en ocasiones, esa forma rosa de ver el mundo lograba desquiciarla. Unos segundos después, su análisis se centró en Blanca, la más brillante de las tres y la que ahora bebía como una posesa. Apenas medía el metro sesenta, pero no conseguía pasar desapercibida con el color de pelo tan escandaloso que le había obsequiado la naturaleza: cobrizo brillante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marta desde su posición sentada.

Blanca agitó la cabeza de forma brusca, como si un recuerdo la hubiera hostigado hasta producirle un daño físico.

—Me mintió —reconoció con un hilo de voz, pero calló un momento para tomar aire—. Siempre me decía que me respetaba, que deseaba esperar para hacerme el amor cuando al fin estuviésemos casados, —hipó varias veces antes de poder continuar—, ¡y era una completa mentira! —Exclamó dolida.

El silencio en la estancia resultó sobrecogedor. Ni Marta ni Marina se atrevían a decir nada. La revelación las había dejado noqueadas. Blanca continuó.

—Estaba en la cama, ¡nuestra cama!, y con un tío que no había visto en mi vida. —Marina ahogó un gemido estrangulado. Marta suspiró llena de aprensión porque se temía lo que vendría a continuación—. La cama que íbamos a compartir en unas semanas. ¡Le estaba metiendo su... su... por... ¡ya me entendéis!

Marta y Marina estaban tan llenas de asombro que casi se olvidaron de respirar.

—Pero juro... —continuó Blanca con un brillo extraño en los ojos—, que pienso acostarme con el primero que me lo pida. A partir de hoy solo me interesarán los orgasmos.



Colección
BEACH
BOOKS

¿POR QUÉ NO? AILEEN DIOLCH

EL CLUB DEL AMOR ARLETTE GENEVE

TU ME ENSEÑASTE A AMAR CLAUDIA VELASCO

MIS DÍAS SIN TI CONNIE JETT

DAME TU MANO JONAIRA CAMPAGINOLO

DÉJAME QUERERTE JUD BALTIMORE

ÁMAME SIN MÁS LOLES LÓPEZ

EL GUIÑO DE UNA ESTRELLA LYDIA LEYTE

EL SECRETO DE EMMA MARTA DE DIEGO

SOLEARES. DIARIOS DE SOL MÓNICA LÓPEZ

LA VOZ NOELIA AMARILLO

TU DE MENTA Y YO DE FRESA OLIVIA ARDEY

NIÑAS SIN UN YO ROSANA AMPLE